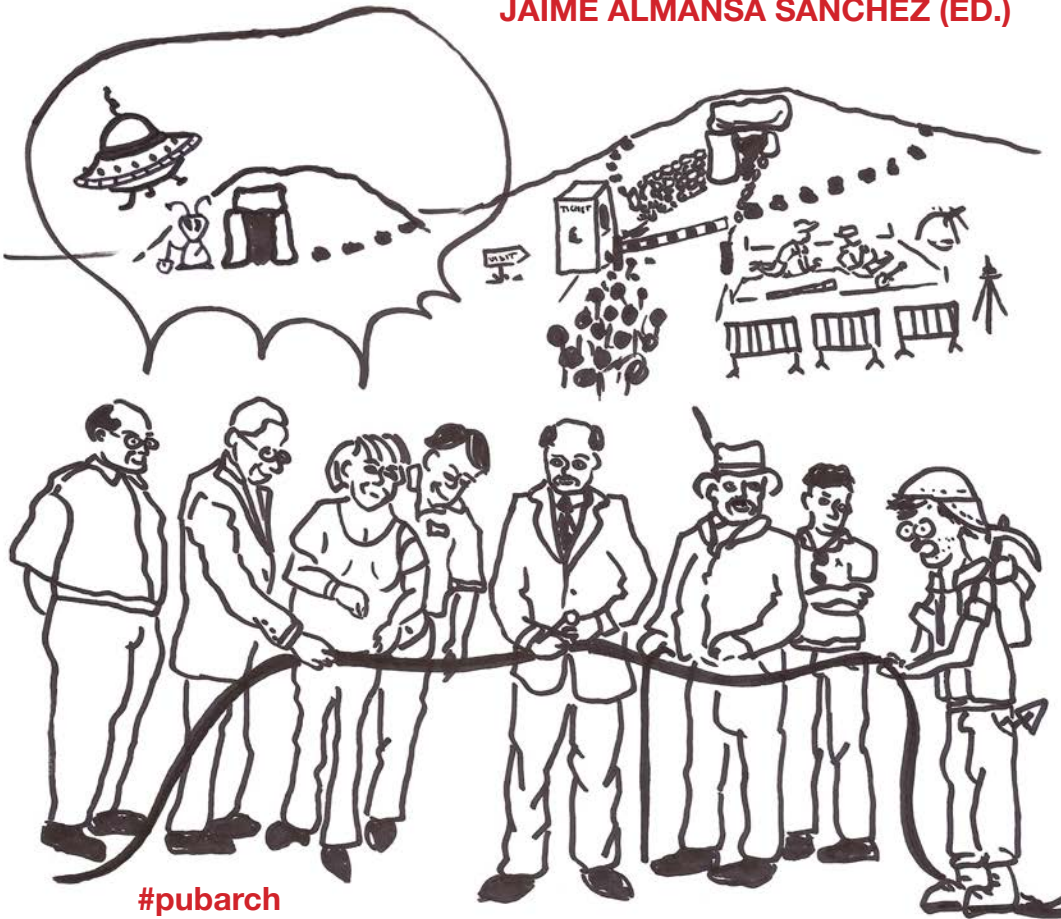


ARQUEOLOGÍA PÚBLICA EN ESPAÑA

JAIME ALMANSA SÁNCHEZ (ED.)



#pubarch

ARQUEOLOGÍA PÚBLICA EN ESPAÑA

JAIME ALMANSA SÁNCHEZ (ED.)



AHIA: COLECCIÓN ARQUEOLOGÍA PÚBLICA



J Arqueología S

Todos los derechos reservados. El contenido de esta obra está protegido por Ley. Queda totalmente prohibida cualquier forma de reproducción de la misma, sin consentimiento expreso del editor. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al Editor www.jasarqueologia.es

Primera Edición, diciembre de 2013

© De la edición:

JAS Arqueología S.L.U.

Plaza de Mondariz, 6

28029 - Madrid

www.jasarqueologia.es

Editor: Jaime Almansa Sánchez

Corrector: David Andrés Castillo

© Del texto:

Los Autores

© De la imagen de portada:

Juany Medina Rodríguez

ISBN: 978-84-941030-3-2 (papel) / 978-84-941030-4-9 (electrónica)

Depósito Legal: M-36562-2013

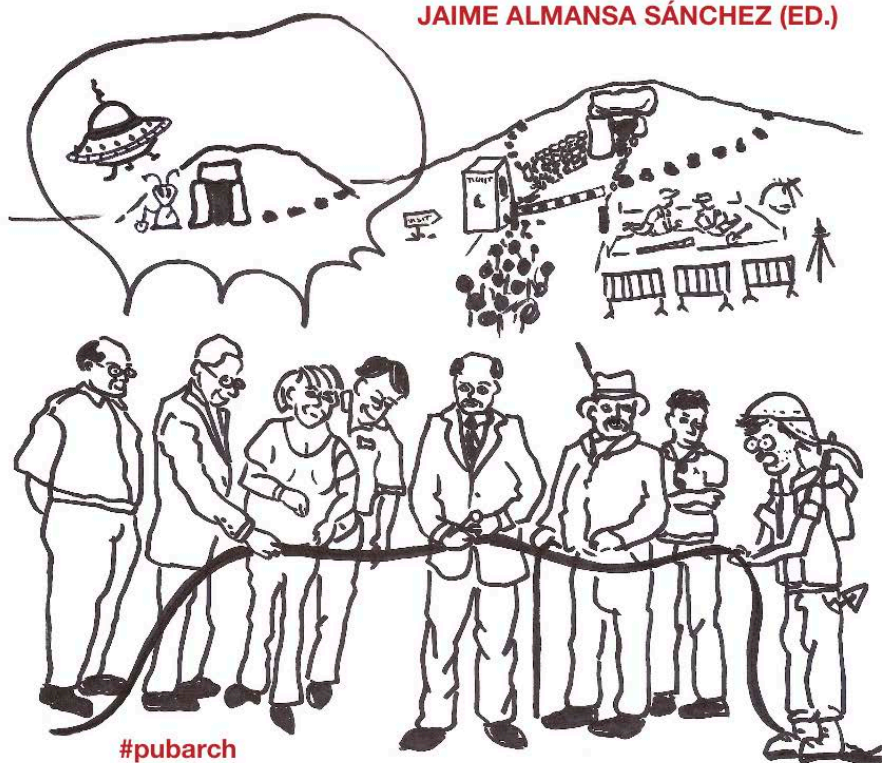
Imprime: Service Point

www.servicepoint.es

Impreso y hecho en España - Printed and made in Spain

ARQUEOLOGÍA PÚBLICA EN ESPAÑA

JAIME ALMANSA SÁNCHEZ (ED.)



A todos los arqueólogos que,
poco a poco, se irán apuntando a esta «moda».

Pero sobre todo, **a los que la van a llevar a buen puerto.**

ÍNDICE

Introducción. Hablando de arqueología pública. <i>Jaime Almansa Sánchez</i>	1
---	---

Parte 1

¿Teoría? Las relaciones entre arqueología y sociedad	13
---	----

Arqueología y Sociedad. <i>Antonio Vizcaíno Estevan</i>	15
--	----

Alternando con la «arqueología alternativa». <i>José Manuel Peque Martínez</i>	37
--	----

Reconstrucción Histórica. <i>Silvia Marín Ortega y Walter Alegría Tejedor</i>	55
--	----

Turismo y Patrimonio Arqueológico en España. <i>Manuel de la Calle Vaquero y María García Hernández</i>	69
---	----

Arqueología y Medios de Comunicación. <i>Israel Viana</i>	95
--	----

Consumo y Mass Media. <i>Beatriz Comendador Rey</i>	115
--	-----

Arqueología del Nacionalismo en el Estado Español. <i>Abraham Herrero Menor</i>	133
---	-----

Del precariado a la nada. <i>David González Álvarez</i>	151
--	-----

Innovación organizativa y de gestión. <i>Eva Parga-Dans et alii</i>	169
---	-----

Arqueólogos contra «piteros», «piteros» contra arqueólogos. <i>Ignacio Rodríguez Temiño y Francisco Javier Matas Adamuz</i>	187
--	-----

Parte 2

Ejemplos Arqueología en comunidad	219
--	-----

Arqueología somos todos. <i>Desiderio Vaquerizo Gil y Ana B. Ruiz Osuna</i>	221
--	-----

¡Hola! Me llamo Arminda... ¿y tú? <i>Carmen G. Rodríguez Santana y Tomás Correa Guimerá</i>	249
---	-----

El Plan de Investigación de Los Bañales. 273
Javier Andreu Pintado y José Francisco García López

A Torre dos Mouros. *Manuel Gago et alii* 291

Espiera. *Vanessa Albelda Borrás, Salva Pardo Gordó y
Cristina Real Margalef* 317

Más allá de la excavación. *Pau Sureda et alii* 333

El «Entorno Jamila». *Pedro R. Moya-Maleno* 351

[Recuerda, 1€ de cada libro va para este proyecto]

Parte 3

Tecnología 375
Arqueología 1, 2, 3.0

Introducción. *César Martínez Martínez* 377

Ilustración histórica. *Sergio Segura Bueno* 389

Arqueología en la nube. *Francisco Ramos Martínez y
Carlos M. López Martínez* 405

El blog «Arqueología de la Guerra Civil». 419
Carlos Marín Suárez et alii

**La digitalización del material arqueológico y su
difusión en internet.** 439
Ana Martínez Carrillo y Arturo Ruiz Rodríguez

Nuevos formatos para nuevos medios. 453
Victoria López, Tània Martínez y Joan Santacana

Epílogo. *Jaime Almansa Sánchez* 473

Bibliografía 489

A MODO DE PRÓLOGO

Como viene siendo costumbre, quiero empezar este libro por la portada. Uno de mis chistes favoritos es ese de Forges en el que unos jubilados critican desde la valla una excavación. Lo uso mucho, precisamente como objetivo de la socialización de la arqueología. Ese día en el que un jubilado pueda criticar con cierto criterio nuestro trabajo, será que lo hemos estado haciendo bien. Los arqueólogos tenemos una necesidad de justificarnos que no existe en demasiadas profesiones. Todo el mundo tiene claro que un médico salva vidas y un ingeniero nos las facilita. Lo que no tienen tan claro es lo que hacemos, aunque de entrada les apasione gracias a la imagen popular de nuestro trabajo. Aunque por un tiempo pensé en utilizar esa imagen de Forges, al final opté por algo diferente, con un encargo a Juany Medina, una joven compañera granadina, que tuvo que plasmar en un dibujo mis vagas explicaciones.

Quería partir del mismo concepto del chiste de Forges, pero con actores diferentes y un giro en el contenido. Un grupo de jubilados discutiendo sobre arqueología es aún utópico, por lo que debía volver a la realidad de una sociedad inundada por la pseudoarqueología y el (mal) uso político de nuestro trabajo. ¿Cómo? A través de uno de los acontecimientos más aplaudidos de los últimos años en el ámbito rural; la inauguración de instalaciones, en este caso un parque arqueológico. En ella, un arqueólogo asiste atónito a los comentarios sobre extraterrestres de los vecinos, que desconocen por completo de qué va el asunto. Mientras tanto, el alcalde corta la cinta sin saber muy bien cuál será el futuro de una infraestructura como los centenares de centros de interpretación que inundan, cerrados, nuestro país.

Así pues, el punto de partida del libro es una crítica a una situación hartamente conocida en la que nuestra incapacidad para comunicar y participar ha llevado al desconocimiento social de nuestro trabajo y el auge, por un lado de interpretaciones

alternativas más o menos descabelladas y, por el otro, del abuso político de nuestro trabajo a través de diferentes mecanismos.

Hoy podemos estar orgullosos de haber construido un camino por el que avanzar en una arqueología cercana y comprometida. Puede que no todos lo llamen «Arqueología Pública», pero lo importante no es el nombre sino los resultados. En este libro haremos un pequeño repaso al concepto, con la idea de seguir estableciéndolo como referencia a una forma de entender la arqueología. Pero, sobre todo, pretendo ofrecer una visión bastante amplia de lo que es la arqueología pública a través de varios capítulos temáticos y ejemplos prácticos, con una atención especial a la divulgación y el uso de nuevas tecnologías. No están todos los que son, ni son todos los que están, pero creo que esta selección nos puede dar una idea bastante clara de las líneas en las que se mueve esta joven disciplina, tan compleja de definir.

He dividido el libro en 3 partes, con su introducción y su epílogo. Comenzaré con el contexto general de la arqueología pública, marcando las líneas básicas sobre las que nos vamos a mover. Después, la primera parte analizará algunos de los principales ámbitos en los que nos movemos, principalmente orientados a entender las fuentes de las que bebe la sociedad con respecto a nuestro trabajo y el impacto que tiene. La segunda parte se centra en varios ejemplos prácticos de socialización y gestión, en proyectos establecidos desde diferentes ámbitos (universidades, museos, empresas, colectivos, etc.). La tercera nos acerca a un aspecto cada vez más importante, como es el uso de las nuevas y viejas tecnologías para la socialización y gestión del patrimonio arqueológico. Porque la arqueología pública no trabaja sólo como una herramienta de cara al público, sino también como un elemento de reconversión en nuestra propia práctica. Finalmente, como me gusta tener la última palabra, el epílogo cerrará unos contenidos que espero sean de vuestro interés.

Sin más, empezaremos tratando de definir lo indefinible...

INTRODUCCIÓN



Introducción

Hablando de arqueología pública

Jaime Almansa Sánchez

JAS Arqueología S.L.U.

Definiendo lo indefinible

Cuando hablamos de arqueología solemos echar mano de las definiciones al uso, cada vez más amplias. El concepto que manejamos de tiempo nos ha traído hasta el presente, incluso el futuro, en un paisaje tan antropizado que se ha convertido en nuestro marco ideal de trabajo. Las conexiones con el presente son cada vez mayores y la perspectiva arqueológica se presenta cada vez más útil en nuestro contexto social, económico y político. Hablar de arqueología es hablar de nosotros mismos ayer, hoy y mañana, o en palabras de Clive Gamble, “la arqueología puede ser todo aquello que quieres que sea” (Gamble 2008: 3). Me gusta empezar a escribir sobre arqueología con esta definición, porque representa una ruptura importante con la idea tradicional, especialmente en nuestro país, sobre el objeto de nuestra disciplina. Si bien no podemos obviar que la técnica surge como una herramienta para conocer mejor un pasado más o menos remoto (arqueología prehistórica y arqueología clásica), los sucesivos cambios en la forma de entender el trabajo arqueológico y en los paradigmas teóricos que manejamos, fueron dando forma a lo que algunos entendemos hoy por arqueología.

No pretendo hacer ahora una historiografía detallada, sino más bien un pequeño paseo por los fundamentos que nos han traído hasta aquí. Esos fundamentos son principalmente objetos, en muchos casos valiosos, que desde la rapiña y la curiosidad cuando aún estaban en uso, al coleccionismo moderno, han sentado las bases de lo que pronto iba a ser nuestra profesión. Esos objetos pertenecieron a alguien y esa curiosidad, unida a cierta nostalgia-admiración por el mundo clásico, abrió la puerta a las primeras excavaciones. Tras ellas, un nuevo interrogante, unido al nacimiento del Evolucionismo, que trasladó la curiosidad a algo menos conocido, pero que empezaba a manifestarse; la Prehistoria. La arqueología nació como una actividad burguesa, reservada a nuevos ricos que tenían la suficiente estabilidad para gastar su tiempo en aficiones raras, antes de que la Ciencia hiciera su aparición. Los primeros restos, las primeras interpretaciones y los primeros logros se centraron en lo «grande»; grandes ciudades, grandes personajes, grandes civilizaciones y grandes piezas. Impresionaba ver dónde habían llegado las gentes del pasado, incluso en la prehistoria. El foco estaba en el objeto, en el sitio y en el poder. Los cambios teóricos que atravesó la disciplina en el siglo XX nos acercaron al contexto, el paisaje y la sociedad. El giro postmoderno nos abrió los ojos a otras formas de entender el registro arqueológico y nos acercó cada vez más al presente. Mientras escribo estas líneas estoy preparando una intervención para una sesión en el TAG 2013 sobre «arqueologías de Margaret Thatcher», centrada en las consecuencias de la política liberal de José María Aznar y Esperanza Aguirre. ¿Es esto arqueología? Hay quien lo pondría en duda, sin embargo yo siempre recuerdo a Gamble y quiero que lo sea. Al fin y al cabo, la arqueología es una disciplina muy ligada al presente y vernos hoy con ojos de arqueólogo ayuda a entender muchas cosas. No pretendo imponer esta definición de arqueología, pero nos ayuda a entender por qué llegamos a la arqueología pública.

Hasta aquí, hablamos de un objeto de estudio (el otro) y unos estudiosos (nosotros). ¿Qué pasaría si nuestro objeto de

estudio fuéramos nosotros mismos? Una antropología de la arqueología es un primer paso para entender la arqueología pública. El cuestionamiento crítico de nuestro trabajo se empieza a fraguar en las disputas teóricas de los años 1950 y se asienta en los años 1970, tras el surgimiento de las arqueologías «sociales» (ver Fernández Martínez 2006 y Trigger 1992). El contexto americano, además, comenzó a enfrentarse a situaciones conflictivas donde ‘el otro’ seguía vivo y reclamaba derechos sobre un pasado, apropiado por las élites académicas. Gestionar esos procesos se convirtió en una preocupación emergente, que poco a poco derivó en conceptos importantes como el impacto social, político y económico de nuestro trabajo. Casi sin saberlo, había surgido la arqueología pública y sería a partir de finales de los años 1990 cuando empezaría a tomar forma como disciplina (Schadla-Hall 1999, Ascherson 2001).

Precisamente, de las dos editoriales citadas surge la primera definición de lo que podemos considerar la arqueología pública «moderna». Se trata de media docena de páginas explicando casos que se pueden englobar dentro de un concepto que se escapa de cualquier límite. ¿Por qué es tan amplio? Porque como definimos de forma más sucinta (Almansa 2010, Moshenska 2012), la arqueología pública no es más que arqueología en su contexto social contemporáneo.

Una de las controversias en torno a la arqueología pública es el nombre, o más bien la etiqueta, con el que definimos acciones en la práctica diaria. La «indefinición» del término y el surgimiento de multitud de iniciativas que se podrían enmarcar en esta tendencia, pero que se desarrollaron al margen, hace que suela haber discusiones terminológicas al respecto. Sin embargo, los nombres no importan y simplemente debemos entender la arqueología pública como un paraguas bajo el que suceden muchas cosas con un objetivo común; entender cómo trabajamos y buscar estrategias para hacerlo mejor en el contexto político, social y económico en el que nos encontramos.

Una breve historia de la Arqueología Pública

Para profundizar en esta «definición» poco al uso, conviene hacer un poco de memoria. Cada poco tiempo encuentro un ejemplo un poco más antiguo de actividades que podríamos definir como «Arqueología Pública». Sin embargo, no podemos hablar propiamente de ello hasta la segunda mitad del siglo XX. El caso de Mortimer Wheeler es excepcional (Moshenska and Schadla-Hall 2011), al igual que la experiencia japonesa del Tsokinawa Kofun (Kondo 1960, Hudson 2005). La divulgación y la socialización del patrimonio arqueológico comenzaban a ser una realidad paralela al desarrollo científico de la arqueología. En el caso de Wheeler, además de su método de excavación, nos legó una prolija participación en los medios de comunicación, nuevas formas de entender la participación de las comunidades locales en las excavaciones y reflexiones muy interesantes sobre estos temas (Wheeler 1958). Tsokinawa Kofun nos acercó a un caso excepcional de «crowdfunding», tan de moda hoy, pero que se practica desde hace mucho, incluso en arqueología.

Pero la semilla se plantó al otro lado del Atlántico, desde que en 1906 se aprobara la *Antiquities Act* (*An Act for the Preservation of American Antiquities* [16 USC 431-433]) en respuesta al creciente expolio que se comenzaba a dar en sitios prehistóricos (los famosos *Pot Hunters* que se internacionalizaron como *Treasure* o *Relic Hunters*). En 1916 se creó el *National Park Service*, encargado de gestionar los parques naturales (y los sitios históricos). En 1935 se promulga la *Historic Sites Act* (16 USC 461-467). En 1949 se crea el *National Trust for Historic Preservation*, que implicaba a las comunidades en la gestión de los sitios históricos. Y en 1966 se pasa la *National Historic Preservation Act* (16 USC 460 *et seq.*) cuya sección 106 establecía la necesidad de conducir evaluaciones de impacto en sitios históricos para las obras llevadas a cabo con fondos federales. Esto daría lugar, por un lado a nuevas herramientas de gestión que Charles McGimsey III (1972) pondría sobre el papel con el nombre de *Public Archeology* y, por el otro, a dos procesos interesantes en el desarrollo de la arqueología pública;

desde los años 1960 y 1970, el *Cultural Resources Management* (ver Sebastian and Lipe 2009) y, en 1990, la NAGPRA (*Native American Graves Protection and Repatriation Act* [25 USC 3001 *et seq.*]). La maquinaria ya estaba en marcha. La gestión del patrimonio arqueológico era más inclusiva desde el sector público y los Parques Nacionales, mientras que se asentaba su profesionalización en el contexto de las obras civiles. Todo ello generó nuevas perspectivas y conflictos, que desembocaron en la idea «americana» de arqueología pública, basada en el trabajo con comunidades locales, en estrecha relación con el CRM. Esta forma de entender la arqueología pública se extiende por todo el continente americano donde, mientras las misiones estadounidenses continúan ejerciendo una práctica eminentemente colonial, surgen nuevos paradigmas de trabajo más emancipadores como la ASL (Arqueología Social Latinoamericana) en los años 1970 (ver Tantaleán y Aguilar 2012) o posteriormente la aplicación de la Teoría Decolonial (ver Mignolo 2010) y otras posturas más radicales (ver Haber 2013) con eco en Norteamérica (McGuire 2008).

Mientras tanto, Europa vivía su propio cambio de paradigma tras el positivismo imperante a mediados del siglo XX. El giro postprocesual, unido a la evolución de los paradigmas clásicos, ayudaron a entender nuevas perspectivas en el estudio del pasado, pero también a centrarse en otros aspectos de su gestión. La inferencia de la Política (procesos de memoria y giro liberal) y la Economía (desarrollo durante la postguerra y crisis), fueron forjando su propio camino país a país. En un amplio abanico de propuestas, se presta atención especial a los modelos de gestión de un ingente patrimonio arqueológico que escapa a las posibilidades de cualquier administración. Unos toman la idea original de «rescate» importada del CRM norteamericano, implantando modelos abiertos a la participación privada. Otros, optan por la prevención y el control estatal sin romper con la máxima medioambiental del que contamina, paga. La difusión del patrimonio se convierte en una prioridad nacional para la mayoría de los estados y surgen nuevos museos, especialmente espoleados por la financiación

de la Unión Europea en el área mediterránea. La preocupación por la percepción de la arqueología comienza a manifestarse ante la mayor presencia de profesionales en el día a día y todos los aspectos derivados de estas preocupaciones van tomando forma en la Academia. Hay que hacer una mención especial a Peter Ucko, que tras implicarse en varios conflictos con repercusión arqueológica y poner de manifiesto, también en Europa, las implicaciones políticas de nuestro trabajo y la necesidad de una arqueología más crítica, fundó el *World Archaeological Congress* y los cimientos de la arqueología pública europea (Ucko 1987). Como director del Instituto de Arqueología de Londres (UCL), establece la obligatoriedad de cursar una asignatura en el grado de arqueología llamada «*Public Archaeology*» y que poco a poco dará lugar a un máster y a un programa de estudios más allá de la concepción americana.

Se toma como base la necesidad de una arqueología crítica, consciente del impacto social que representa. Sin faltar a la implicación de las comunidades y la gestión de los recursos patrimoniales, el acento se pone en la política, en el conflicto, en la economía y en la sociedad. De aquí surgen las definiciones del primer apartado y, en definitiva, el concepto que se sigue en este libro. Hoy, la arqueología pública sigue consolidándose como disciplina, tratando de generar los marcos conceptuales en los que se enmarca y unificando criterios. Falta mucha historia por narrar.

El camino español

Se ha rastreado participación pública en la arqueología española hasta el siglo XVIII (Arasa i Gil 2012), cuando los vecinos de Sagunto participaron de la excavación y restauración del teatro para su uso. Estas iniciativas me resultan siempre muy interesantes, ya que una de mis más firmes convicciones está en volver a darle vida a las piedras y recuperarlas para su uso siempre que sea posible. Precisamente el teatro de Sagunto ha sido objeto de otras controversias como su última restauración

en los años 1990, que ha llegado hasta los tribunales. Pero no se queda ahí la cosa y desde hace más de 40 años existen multitud de iniciativas de socialización, principalmente en museos, que pueden enmarcarse bajo el paraguas de la arqueología pública (Moreno Torres y Márquez-Grant 2011). Desde la gestión de los montes comunales en Galicia (Ayán y Gago 2012) a los contratos rurales del INEM, desde el nacimiento del Conjunto Arqueológico de Carmona (Rodríguez Temiño 2014) hasta el «boom» descontrolado de los centros de interpretación (Martín Piñol 2011), desde aquel fabuloso volumen de *Complutum* sobre la proyección social de la arqueología (Ruiz Zapatero y Fernández Martínez 1997) hasta la encuesta que publiqué en *ArqueoWeb* (Almansa 2006). La lista es amplia y os animo a recopilar todos esos detalles que cada cual incluiría. La pregunta es; ¿hacemos arqueología pública? Aunque de forma inconsciente, sí. En realidad, no.

Mantener una definición amplia y manga ancha a la hora de documentar precedentes es una forma de advertir cómo lo que hoy queremos implantar como práctica cotidiana no es nuevo. Sin embargo, la filosofía de fondo simplemente aglutina experiencias que se han estado practicando en otros campos. La divulgación de la arqueología no es arqueología pública, pero cabe en el concepto. Los trabajos de María Ángeles Querol, tanto sobre gestión (Querol 2010) como sobre la imagen de la mujer en las representaciones prehistóricas (Querol 2008) no son arqueología pública, pero caben en el concepto. Da la sensación de que hablo de una etiqueta, aunque quiera huir de ellas. Desde que he vuelto a estudiar matemáticas me gusta hablar de la Teoría de Conjuntos (ver Hrbacek and Jech 1999), muy interesante para entender la utilidad o inutilidad de las etiquetas y cómo hay cosas que pueden llamarse de muchas formas según el matiz con el que se miren. La diferencia está en los objetivos, el contenido y el uso de los términos.

Desde que falleció mi abuela no puedo ser modesto y en este párrafo he de autoafirmarme con mi parte de historia en este apartado. Creo ser el primer español en hablar de arqueología pública en toda su extensión. De refilón en 2006 (Almansa 2006),

con un blog desde 2007 (publicarchaeology.blogspot.com), con un curso en la UCM en 2008, fundando la tercera revista que existe en la materia en 2010 (www.arqueologiapublica.es), con un artículo centrado en nuestro país en 2011 (Almansa 2011) y ahora con esta especie de manual. Junto conmigo han estado buenos amigos que pronto aplicaron el concepto en diferentes ámbitos y poco a poco le han ido dando una mayor extensión. Jóvenes y no tan jóvenes que día tras día aportan nuevas perspectivas a la arqueología. De forma paralela, el auge de proyectos de arqueología comunitaria es un factor interesante a tener en cuenta, pero no toda la arqueología en comunidad es arqueología pública y viceversa.

Llegados a este punto me gusta volver a los extraterrestres y a una entrevista de la televisión gallega al presidente de la Asociación de Abducidos de Compostela en la que comienza diciendo: «Stephen Hawkins de buracos negros y cosas de este tipo sabe mucho, pero de *aliens* no tiene ni puta idea» (<http://youtu.be/0fZ4M5xq0Cc>). Un factor muy interesante en la arqueología internacional es el de las modas. Cuando en los años 1990 no estaba muy claro por donde iba a salir el concepto de arqueología pública, la socialización ya estaba en la agenda europea. Desde siempre han existido conflictos sociales, económicos y políticos en relación con la arqueología y el patrimonio cultural. La arqueología pública les da forma como disciplina, pero ha tenido su lado oscuro, no sólo en España, desde luego.

Quando se populariza un concepto, todo el mundo lo quiere usar. Pasó en los años 1990 y 2000 con la palabra «Patrimonio» y en esta década empieza a pasar con la palabra «Sociedad». De hecho, mi primera crítica viene de estas dos palabras en un título ofertado por la Universidad Pablo Olavide de Sevilla este año 2013 y llamado «Patrimonio y Sociedad». Se trata de un título clásico de museología con un nombre nuevo, a la moda. Al igual que en el Reino Unido decir que se hace arqueología comunitaria (sea lo que sea) facilita el acceso a financiación, aquí se colocan palabras sin contenido en proyectos y asignaturas para sumarse a modas, entre ellas, la del patrimonio

y la sociedad, pero también las de múltiples tecnologías que se convierten en fin, y no medio, de la investigación.

Si volvemos a esa vaga definición de arqueología pública, podemos entender la base en la que nos movemos. Una relación multidireccional entre arqueologías y sociedades. La gestión, entendida como un todo, es la base del concepto. Cómo planteamos y ejecutamos los proyectos, con todas sus consecuencias. ¿Usar voluntarios del pueblo en el que trabajo es arqueología pública? Sólo si no son mano de obra gratuita para suplir profesionales. Si no, también, pero cuando lo analicemos y lo critiquemos como otra forma más de gestión e interacción. Este debate está a la orden del día desde hace varios años, especialmente en Galicia. ¿Cómo socializar? Ha sido el objeto de una de las iniciativas más interesantes de este año; el SOPA (sopa13.blogspot.com). ¿Es la arqueología una pesada losa para el desarrollo? La nueva ley de patrimonio madrileña es un ejemplo extraordinario de política y gestión interesada (amta.blogspot.com). ¿A quién le interesa el patrimonio cultural y por qué? Por fin, el interés por la imagen de la arqueología cobra fuerza y los estudios de público salen del museo en nuestro país (la primera gran encuesta en EE.UU. es, Ramos y Duganne 2000). ¿Cómo voy a divulgar si llevo una carrera académica? Es la pregunta que se hacen muchos jóvenes investigadores en España gracias a la estrechez de miras de los procesos de excelencia académica (como el de la ANECA). ¿Es todo lo que sale en televisión una mierda? Las críticas a cualquier nueva forma de transmitir la arqueología son atroces, incluso sin haber visto el producto final. El estreno de *Arqueólogo por un día* ha levantado ampollas en gente que no se quejaba de *American Digger* y que no plantea alternativas a *Cuarto Milenio*, la crítica debe comenzar construyendo alternativas. ¿Debemos participar de los medios? Periódicos, revistas, radios y televisión son el medio principal por el que la gente nos escucha y ya que la tradición cultural muestra una imagen distante de nuestra realidad, es esencial que participemos en ellos. ¿Qué hacer con los freaks? Si me dan a elegir entre Iker Jiménez y un documental tradicional, no

tengo dudas, Iker. Socializar no es vulgarizar y vulgarizar no es tan malo. Hacen falta alternativas. ¿Qué es un Annunaki? Algo parecido al lagarto amarillo de dos metros del que hablaba el abducido gallego. Las mitologías alienígenas que copan el ideario colectivo pueden llegar a ser muy consistentes. Mientras algunos charlatanes nos ganan terreno, nosotros publicamos artículos difíciles de leer incluso para nuestros compañeros. ¿Y qué le digo al alcalde? Durante años, España ha sido uno de los máximos exponentes del derroche rural. Millones de euros desperdiciados en infraestructuras infrautilizadas por falsas promesas políticas y «arqueológicas». El desarrollo es posible, cuando se piensa en desarrollo y no en dinero. ¿Y al diputado? Si en las Cortes Valencianas dicen que el ibero es el origen del valenciano y no pasa de anécdota, es porque Belén Esteban da clases de historia en «Sálvame» y nuestra labor crítica en la sociedad no existe. ¿Y al Gobierno? Que la gestión del patrimonio arqueológico no es un escollo sino una oportunidad. Que la foto que se sacan en el yacimiento musealizado el día de la inauguración también sirve cuando devuelven al trabajo del arqueólogo su faceta investigadora y social en vez de mantenerlo como una mera herramienta administrativa para liberar espacios constructivos. ¿Y al obispo? Que su iglesia también contiene patrimonio pagano. ¿Y al beato? Que la religión es otra forma de política y la arqueología nos lo explica muy bien. ¿Y al arqueólogo? Que no todo se acaba en los cacharros... Hay mucha arqueología después del yacimiento y muchas excusas para hacer de la arqueología una disciplina útil para la sociedad contemporánea.

Me quedo sin aire después de este párrafo. Eso es la arqueología pública en España, eso y más. Los detalles vienen ahora.